

FRANCISCO JAVIER ACUÑA

# Patriotismo quebrado y reencarpetao

*El nacionalismo tormentoso* nos inflama y desinfla y nos hace ir por la historia igual que un caminante sin rumbo que sorteá, vendado de los ojos, peligrosos paseos en círculo.

Somos una sociedad extraña, oscilamos entre el formalismo hueco que impuso el estatismo y exaltamos la lírica con que atendemos nuestras tradiciones y creencias; en pocas palabras, somos rudos y cursis a la vez, como la película esa que explica la quintaesencia de nuestro realismo trágico; aunque el filme de reciente estreno se limita a las pasiones lúdicas y de farándula en medio del fútbol, drama de unos hermanos atrapados por el éxito inesperado y en breve reubicados en la irremediable mediocridad. Cabría exigir a los que rodaron la cinta una ampliación que abarcara las facetas de nuestros fervores políticos “encontrados”, el prurito de nuestro histórico dualismo “españoles que sentimos como indios”, “indígenas acomplejados por llevar nombres y apellidos castizos, pero rasgos de los antepasados precolombinos; en inequívoco, fuimos amamantados por la leche oficialista del rencor a los orígenes gachupines y acostumbrados a negar, por comodidad, los aspectos espirituales y trascendentes de la fundición de culturas en un híbrido que sedimentó la conversión de las deidades prehispánicas en las imágenes del sincretismo católico que practicamos la mayoría de los aquí nacidos.

El nacionalismo fatuo y tormentoso nos inflama y desinfla y nos hace ir por la historia, como país, igual que un caminante sin rumbo que sorteá, vendado de los ojos, peligrosos paseos en forma de círculo, que da tumbos y por ello transita en dirección opuesta al destino superior que creemos que algún día llegará a remediar nuestras desdichadas precariedades de siempre, ritualistas y apóstatas, como cicatrices de la forja inconclusa (inacabada) que nos ha mecido desde la remota infancia republicana en la cuna, en esa cuna forjada por los clérigos insurgentes durante la Independencia y tonificada por las logias masonicas durante los avatares del siglo XIX. Cada día se reivindica más, es incontestable que sigue emanando agua zarca del manantial perpetuo de las incomprensiones que nos dividieron en el pasado (entonces era normal) y nos sigue ofendiendo a unos y a otros, a creyentes y a descreídos, a fieles a cualquier fe y a los persecutores habituales de la más extensa en la población; veneno que derrama sus efectos letales y que a base de gotas precisas y calculadas nos altera a to-

dos, si bien no se han vuelto a desencadenar penosos episodios de persecución sangrienta (la Cristiada), encienden los ánimos y multiplican los pretextos para acudir sin frenos a las agresiones y con tales a la sacralización de las animadversiones, flujos y reflujos que han reprimido el crecimiento democrático, causas —entre otras— de la República enana que tenemos.

Recuerdo la difusión de aquella hazaña (espectáculo ridículo) en el echeverrismo, inicio de los años setenta: en uno de los viajes del entonces Presidente de la República a Cuba se hizo acompañar de una enorme delegación y, dentro de ella, de un grupo de jóvenes ideologizados. Retumba en el recuerdo el supuesto arrojó de uno de ellos que declamó tres veces seguidas el poema coral: *México creo en tí...* y a petición del dictador Castro, conmovido hasta las lágrimas, al lado de un emocionado mandatario mexicano, el muchacho aquel, recitó una y otra vez varias veces el fragmento: “Y a los ídolos de barro y a los dioses milenarios les clavaron en el vientre crucifijos y ro-

sarios...”, para luego ser aplaudido y vitoreado en la Plaza de la Revolución cubana. Pero, eso sí, aquellos y otros de esos jacobinos que se exasperan por las visitas de los jerarcas y religiosos católicos son los primeros en entonar con enjundia y desentono las estrofas del Himno Nacional, especialmente, las que invocan al ser supremo: “Que en el cielo tu eterno destino por el dedo de Dios se escribió...” Luego, salen por la tangente al señalar que es muy fácil distinguir la clarísima separación de la Iglesia y el Estado en EU cuando allá se jura con la Biblia en la mano y se invoca el “In God we trust”. Y los agnósticos y los ateos, ¿que sienten?

Por lo pronto el único patriotismo que se ha quebrantado y revestido en México —tras el VI Encuentro Mundial de las Familias— es el de la avenida que lleva ese nombre (Patriotismo) y que está convertida en una franja de escombros y tramos intransitables por el capricho constructivo del Gobierno del Distrito Federal. ¿Quién sabe?, tal vez algún día escucharemos a Ebrard decir que el DF vale una misa también...

*ffacuqa@hotmail.com*

